

# Ginebra : una república

Autor(en): **Bertrand, Pierre**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero**

Band (Jahr): **2 (1975)**

Heft 6

PDF erstellt am: **05.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-909427>

## **Nutzungsbedingungen**

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern. Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

## **Haftungsausschluss**

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

# Ginebra: una república

**Pierre Bertrand**

oriundo de Carouge (GE), nació en 1909. Estudió en el Collège Calvin, y luego en las Universidades de Ginebra y Berna. Se doctoró en Historia Económica (1935). Periodista, colaborador de la Tribune de Genève en lo referente a temas históricos. Profesor de Historia del Arte en la Ecole des Beaux-Arts. Dictó cursos sobre la Civilización europea en la Universidad de Ginebra. Disertó en Inglaterra, Escocia, la República Federal Alemana, e Italia. Autor de numerosos reportajes en los países de Europa. Presidente del Cercle d'histoire de l'Institut national genevois. Publicó unos cincuenta textos de historia y ensayos especialmente sobre Ginebra y las Comunas del Cantón.

Toda antigua ciudad de nuestro añoso continente europeo presenta una fisonomía especial, una historia particular, un alma propia, que se abre a quien sepa observar y trata de comprender.

Las más privilegiadas de entre estas ciudades están marcadas por un sello del destino que sigue ejerciendo una influencia, a pesar de que los factores que contribuyeron a su grandeza y cimentaron su fama pertenecan al pasado.

¿Cuál es el hado que ha marcado a Ginebra, una ciudad que

se adjudica el rango de una capital sin poseerlo? Un escritor afirmó cierta vez que esta ciudad suiza era la mayor entre las pequeñas y la más pequeña entre las mayores. Esta definición es bastante correcta, si se relaciona su extensión con su influencia. Con menos de 300.000 habitantes, pero con un pasado tan rico como es posible desecharlo y una vinculación con todos los grandes acontecimientos que han sacudido, para bien o para mal, a Europa, la ciudad de Ginebra ve, en el ámbito de la información internacional, su nombre mencionado por doquier. Este suscita esperanzas que muchas veces se ven defraudadas, pero que continuamente se renuevan.

¿Por qué el nombre de Ginebra es orlado con todos estos laureles? No, probablemente, porque en el año 58 a. C. Julio César sitió frente a la ciudadela de los Alóbrogos de Ginebra las tribus de los Helvecios, iniciando así la conquista y romanización de la Galia. Más bien tal vez, porque en el siglo XVI el reformador Jean Calvin hizo de esa ciudad, que en aquel entonces

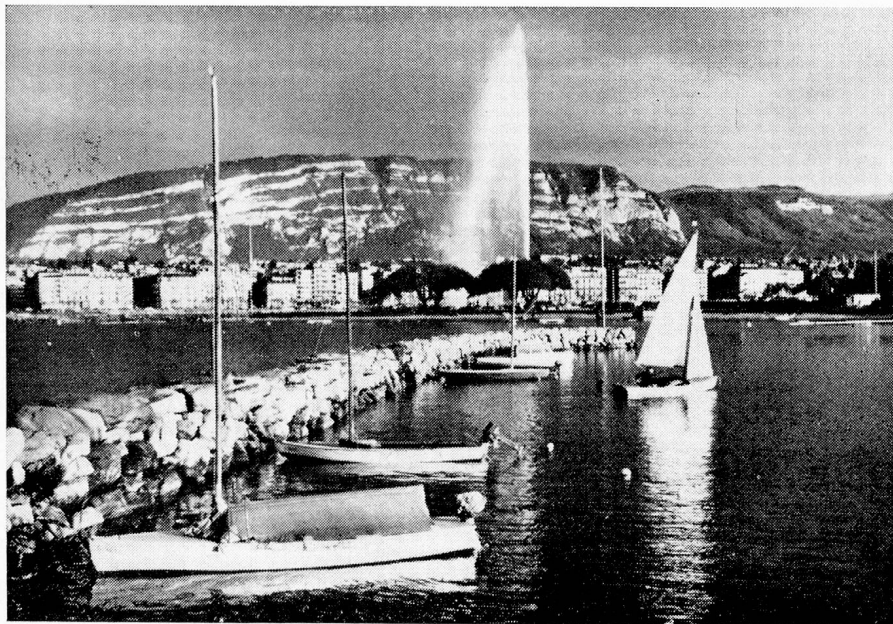
apenas contaba algo más de 10.000 habitantes, el centro de una idea religiosa y de una severidad de fe, que le valieron numerosas simpatías tanto como poderosas enemistades. Pero, más seguramente, porque Jean-Jacques Rousseau, ciudadano de Ginebra, que por medio de sus obras, que habían trascendido ya en el siglo XVIII hasta América, llevó a la naturaleza nuevamente a un sitio de honor, y colocó su confianza en el hombre, en quien vio a un ser fundamentalmente bueno y libre; y asimismo porque otro ginebrino, Henri Dunant, afirmó este concepto por su valiente intervención personal en el campo de batalla de Solferino (1859) donde creó las bases para la organización de la Cruz Roja Internacional, a la cual, desde hace más de un siglo, tantos pueblos deben el haber sido caritativamente socorridos durante los horrores de guerras y catástrofes.

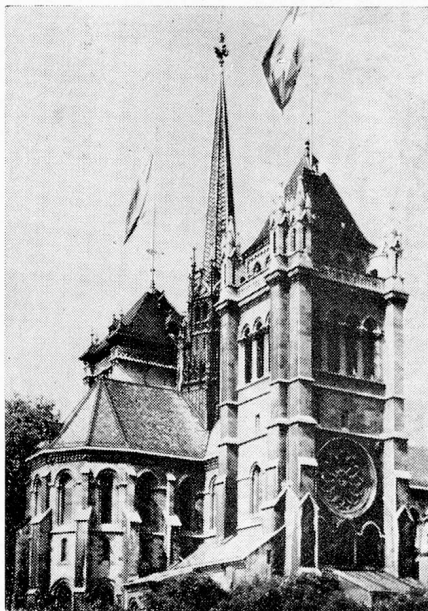
El recuerdo de estos hombres: Calvino, Rousseau, Dunant, decidió al entonces presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, a proponer en el año 1920 a Ginebra —ciudad libre en un país neutral— como sede de la Liga de las Naciones.

Pero, estos hechos decisivos para el destino, nada dicen aún acerca del alma de Ginebra y de lo que la distingue de la de otras ciudades, en otras palabras: cuál es su personalidad. Si uno va al fondo de la cuestión se descubre que Ginebra es fundamentalmente una comunidad medieval, que a fines del siglo XIII fue elevada, a igual que tantas otras ciudades de Flandes, el norte de Italia, Francia y Alemania, a la categoría de comuna urbana.

Ginebra tuvo su Consejo General Municipal como autoridad para las decisiones, Burgomaestres como órganos ejecutivos y

La fuente con el Salève en el fondo (Foto A. Frey)





Catedral de St-Pierre (Foto A. Frey)



El puente Mont-Blanc y la isla Rousseau (SVZ)

una Carta Libre que en 1387 fue reconocida por uno de los príncipes obispos de la ciudad, dando base jurídica a los derechos de los ciudadanos. Desde entonces la Comuna —apoyada en esa Carta— se fue afirmando y extendiendo, y esto, a pesar de una serie de adversarios permanentes y ocasionales: los condes y duques de Saboya, así como algunos de sus fieles obispos. No pasó mucho tiempo hasta que la Comuna administrara por sí misma sus bienes, ejercitara una soberanía judicial y formalizara acuerdos con las ciudades de la Confederación. En el transcurso de los agitados tiempos de la Reforma (1535-36) Ginebra logró su total autonomía y se convirtió en República. Este estado constituido por una única ciudad —al cual todavía

pertenecen algunas pequeñas aldeas enclavadas en territorio extranjero— pudo, a despecho de la envidia saboyana, francesa y española, conservar su independencia. Ginebra se salvó particularmente de un ataque nocturno contra sus muros en el año 1602 y conquistó, al fin, el respeto de sus enemigos. En el siglo XVIII, la ciudad produjo un elevado número de notables intelectuales y científicos, luego de haber formado ya desde cierto tiempo a teólogos en su Academia, mientras que su industria y comercio se orientaron hacia campos especializados como los de la relojería y la banca. En esta época se produjeron asimismo serias divergencias de opinión entre la oligarquía que sustentaba el poder, y la ciudadanía y los des-

cendientes de inmigrantes, lo que hizo que la República de Ginebra se hundiera en la marea de la revolución francesa en tiempos del Directorio, compartiendo de este modo el destino de Venecia y de tantos Principados, Provincias y ciudades libres.

Inmediatamente después de la caída de Napoleón Ginebra experimentó su renacimiento como República y comprendió que la mejor garantía para su autonomía estaba en una voluntaria unión con los cantones de la Confederación. En este marco helvético se mantuvo y se afianzó desde entonces la República. Los visitantes —aun cuando sólo pasen unas horas en Ginebra— discernen muy pronto el carácter especial de la ciudad, en tanto se alejen del esplendor de sus paseos ribereños y de sus parques junto al lago y no se detengan demasiado tiempo en las calles de los comercios y tiendas. Descubrirán entonces la ciudad antigua sobre la colina, donde ya estuvo asentada la colonia gala. Con sus estrechas callejuelas, sus plazas pequeñas donde murmuran las fuentes, esta ciudad alta ofrece un cuadro variado y no obstante armónico de casas de la época

**Algunas cifras:**

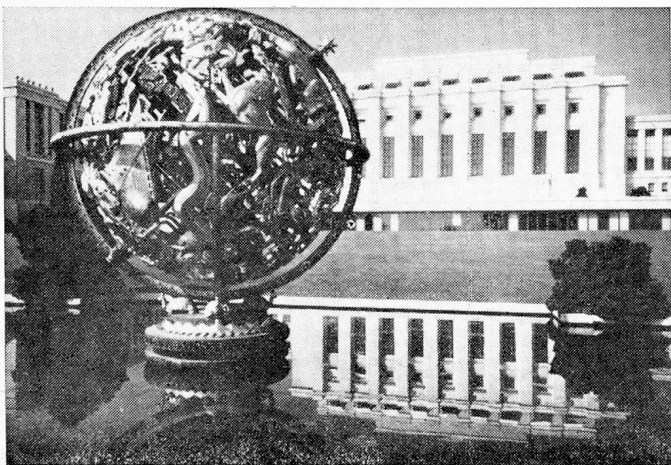
Sup. del cantón:	284 km <sup>2</sup> (38 km <sup>2</sup> corresponden al lago Lemán).
Población:	343.000 habitantes en 45 comunas (160.000 en la ciudad de Ginebra, 170.000 en las ciudades satélites, 13.000 en las 17 comunas rurales).
Reparto de los habitantes:	1/3 ciudadanos de Ginebra, 1/3 de otros cantones, 1/3 extranjeros.
Religión:	126.000 protestantes; 177.000 católicos-romanos.
Idioma:	francés (excluida la población extranjera).
Turismo:	13.500 camas; 2.120.180 noches en 1974.

#### Organizaciones cuya sede se encuentra en Ginebra:

Asociación Europea del Libre Comercio (AELC)  
Oficina Internacional de Educación (OIE)  
Organización Internacional del Trabajo (OIT)  
Organización Europea de Investigaciones Nucleares (OEIN)  
Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR)  
Comité Internacional de Dirección Científica de Empresas (CIDCE)  
Organización Mundial de Meteorología (OMM)  
Organización Mundial de la Salud (OMS)  
Diversas Organizaciones de las Naciones Unidas (ONU)  
Unión Interparlamentaria (UI)  
Asociación Internacional de Telecomunicaciones (AIT)

del temprano renacimiento, con sus ventanas profusamente ornamentadas, de edificios sencillos pero imponentes en estilo italo-francés del siglo XVII y de opulentas mansiones patricias con patios de honor y jardines según el modelo de las ciudades francesas. En este cuadro encaja bien el edificio de la Municipalidad, con la Tour Baudet, asiento desde hace más de 500 años del gobierno ginebrino. Aquí, en un salón bajo, con frescos del siglo XV, se encuentran objetos tan venerables como el cetro de plata, atributo de la dignidad de Alcalde, la pizarra en la cual, año tras año, desde hace generaciones, uno de los secretarios de estado anota —como indicio del arribo de la primavera— la fecha en que aparece la primera hoja de castaño, una biblia abierta colocada sobre un atril, delante de la cual los nuevos ciudadanos admitidos en la República juran fidelidad.

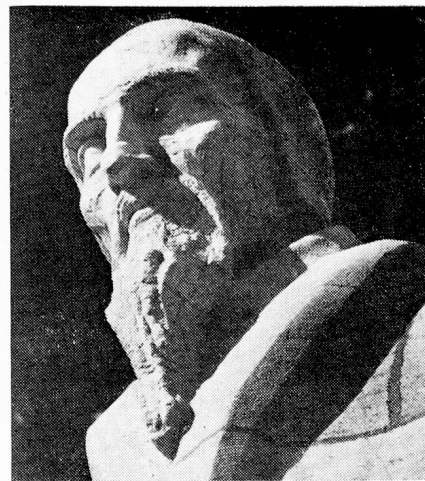
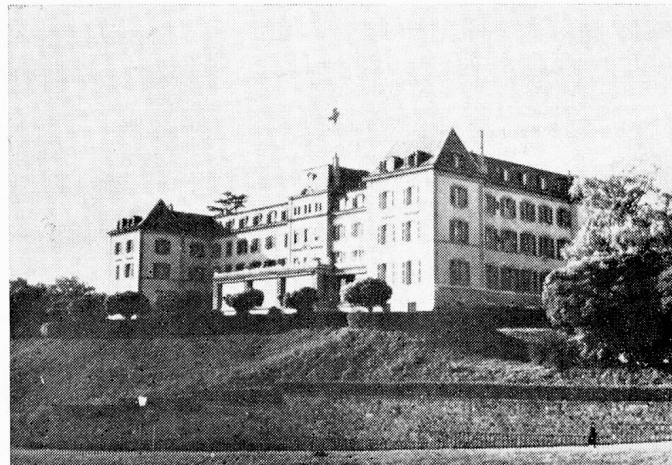
Palacio de las Naciones (Foto Chiffelle)



En la ciudad antigua varias iglesias atestiguan también sobre el pasado religioso y civil: la Catedral donde muchas veces sesionó el Consejo General de los Ciudadanos, el Auditorio donde Calvino impartía su enseñanza, Saint-Germain, donde un relieve de la época de Constantino ofrece la prueba de que ya en el siglo IV, Ginebra se había hecho cristiana. A cada paso se le despliega al visitante una rica historia. Numerosas placas conmemorativas recuerdan la estada de la mayoría de las grandes personalidades de la historia europea en las esferas de la fe, de la política, de la literatura, de la ciencia, del arte y de la música. Se ve en esto hasta qué punto el destino europeo de Ginebra se afirma sobre bases sólidas.

En esta ciudad antigua, cuando en un día festivo flamean las banderas, el alma de la República se expande por sí misma y uno comprende que esta ciu-

Sede del Comité Internacional de la Cruz Roja



Monumento del reformador Jean Calvino (Foto Bergholz)

dad se ha desarrollado únicamente en base al sentido cívico de sus habitantes. Aquí reside el “milagro de Ginebra”. Porque a las viejas familias que se aferraron a su suelo, se agregaron poco a poco, en el transcurso de los siglos, luego de cada revolución religiosa o política que sacudía este o aquel rincón de la tierra, los fugitivos, que apreciaban a Ginebra como un asilo de la libertad. Sus descendientes, al cabo de varias generaciones, se mezclaron con la población originaria y se constituyeron en defensores igualmente celosos de los derechos de la libertad ciudadana y de la independencia de esta república, que se ha convertido en uno de los de mayor brillo de los cantones suizos.